

2012

Laudatio de Terry Eagleton en la Pontificia Universidad Católica del Perú

Susana Reisz

Follow this and additional works at: <https://digitalcommons.providence.edu/inti>

Citas recomendadas

Reisz, Susana (April 2012) "Laudatio de Terry Eagleton en la Pontificia Universidad Católica del Perú," *Inti: Revista de literatura hispánica*: No. 75, Article 26.

Available at: <https://digitalcommons.providence.edu/inti/vol1/iss75/26>

This Notas is brought to you for free and open access by DigitalCommons@Providence. It has been accepted for inclusion in Inti: Revista de literatura hispánica by an authorized editor of DigitalCommons@Providence. For more information, please contact dps@providence.edu.

LAUDATIO DE TERRY EAGLETON

Susana Reisz

Pontificia Universidad Católica del Perú

After years of reading the multifaceted work of Terry Eagleton I noticed that “T.E.” is the reverse of “E.T.,” the name of that beloved extraterrestrial from an American movie of the eighties. I don’t know if this equation is acceptable to our guest, because I suspect that he doesn’t care much for American pop culture in general, but I risk the comparison, because I have the impression that somehow it is accurate. So, I would like to ask T.E. (or E.T., if he allows the excess of familiarity) to continue my *Laudatio* in Spanish.

Para comenzar con una nota de sinceridad, tengo que admitir que algunas de las opiniones de T.E. sobre la vida académica son golpes directos al plexo de muchos de los aquí presentes, yo incluida. He aquí dos ejemplos que me doy la libertad de rephrasear con mis propias palabras:

Para que algunos podamos darnos el lujo de reflexionar, criticar y proponer nuevas ideas, otros—la gran mayoría—tienen que realizar trabajos manuales repetitivos y poco gratificantes.

Es un extraordinario privilegio recibir un salario para hacer algo que a uno le encanta, como leer, escribir o perorar sobre temas apasionantes.

La tradición judeo-cristiana de la culpa—en este caso representada por un británico de origen irlandés, marcado en su infancia por un desangelado catolicismo conventual y en su juventud por la pasión revolucionaria de las izquierdas de los años sesenta—se hace visible en estas afirmaciones, que transmiten una vibración emocional poderosa a quienes las leemos desde presupuestos culturales semejantes. Por eso, estoy cerca de sentir la necesidad de disculparme por haberme permitido el lujo de dedicar parte de mi tiempo a

gozar leyendo una parcela de la copiosa obra de Terry Eagleton. Una obra de grafómano (como él mismo se autodefine), que no solo incluye la más sesuda crítica literaria y cultural, sino también obras de creación, de rememoración y de balance de los momentos más agitados y cambiantes de la historia de los años sesenta del siglo XX hasta el presente.

Como nuestro laureado es, según sus propias declaraciones, alguien que no puede parar de escribir ni de gozar haciéndolo, es natural que cada académico que aprecia su obra—y aquí estamos reunidos un buen número de ellos—tenga su propia imagen y su propia versión de Terry Eagleton ... casi a la manera de los personajes narradores de *Rashomon*.

Para algunos Terry Eagleton es, ante todo, uno de los más lúcidos representantes de una izquierda no dogmática, una izquierda que ha sabido asimilar los drásticos cambios políticos de finales del siglo XX, que ha sido capaz de reconsiderar y matizar la idea de la lucha de clases como motor de grandes transformaciones sociales y que ha llamado la atención sobre la necesidad de incluir en el gran proyecto de desalienación de los explotados y oprimidos otros movimientos reivindicatorios no contemplados por Marx como el feminismo, el ecologismo y otras luchas contra la discriminación racial, étnica o fundada en la orientación sexual. Para los partidarios de esta manera flexible de entender el marxismo, el libro de Eagleton *Por qué Marx tenía razón* es un hito importantísimo en el desarrollo del pensamiento socialista, gracias al cual es posible seguir alentando la esperanza de que la debacle de los regímenes políticos surgidos del proyecto de crear sociedades más igualitarias, así como la arrolladora expansión de un capitalismo industrial tardío que hasta hace poco parecía invencible, sean una etapa más en la lucha por un mundo más justo.

Para quienes están especialmente interesados en la alianza de las humanidades con las ciencias sociales, y para quienes están convencidos de que es necesario desjerarquizar la idea de cultura y reubicar el estudio de los textos tradicionalmente considerados literarios en el contexto amplio de las prácticas discursivas de una sociedad en un determinado momento histórico, T.E. es, ante todo, un líder de la resistencia a un sistema universitario que se ha aferrado a la demarcación clasista de las formas académicas de comunicarse y de escoger los objetos dignos de ser estudiados.

Para otros es el crítico implacable de su sociedad de origen y de sus herederos en el Nuevo Mundo, los estadounidenses, quienes lo admiran y lo halagan con sus invitaciones anuales pero, al parecer, no logran conquistar sus afectos ni su interés por estar más tiempo con ellos. Sus diatribas contra las mentes rígidas y conservadoras del mundo anglosajón, contra los tiburones de la banca y el corretaje, contra los políticos venales, la estupidizante cultura de masas o los fastos de la familia real alcanzan incluso a algunas de las vacas sagradas de la literatura inglesa, como Martin Amis, cuyo anti-islamismo es desenmascarado por Eagleton como un producto casi natural de la herencia literaria paterna—la de Kingsley Amis—una herencia que, a su juicio, reúne una considerable elegancia

estilística con buenas dosis de racismo, misoginia y homofobia. Como bien lo saben quienes están al tanto de sus polémicas con las personalidades de su entorno intelectual y académico, nuestro agasajado es brillante en el cultivo de la invectiva, género en cuya ilustre genealogía clásica (que él conoce tan bien) se ubican los yambos de Arquíloco o los vitriólicos poemas breves de Catulo a sus adversarios. Por eso, me atrevería a decir que T.E. es a Martin Amis o a Richard Dawkins como Catulo a Julio César o a Cicerón. Entre las víctimas de la ingeniosa mordacidad eagletoniana destaca, en efecto, el Profesor Richard Dawkins, etólogo de Oxford empeñado en demostrar la inexistencia de Dios, cuyo libro de 2006 *The God Delusion* (El espejismo de Dios) le inspiró a nuestro crítico comentarios tan demoledores como este: “Imagine a alguien atacando a la biología siendo su único conocimiento en la materia el *Libro de los pájaros británicos*, y tendrá una idea aproximada de lo que se siente leyendo los escritos de Richard Dawkins sobre teología.”

Para quienes estamos comprometidos con las teorías feministas y los estudios de género, T.E. es digno de admiración por ser uno de los no muy numerosos hombres marxistas que han señalado reiteradamente la ancestral opresión de la mujer como una de las lagunas en el pensamiento y la praxis de las izquierdas que requieren urgente corrección. Para quienes tenemos una aguzada consciencia de este ninguneo histórico, los chistes de nuestro agasajado sobre el tema son una verdadera fuente de placer. Como por ejemplo este:

El filósofo alemán Fichte desarrolló una teoría a la que llamó Egoísmo Trascendental pero, como alguien observó en cierta ocasión, nos hemos quedado con las ganas de saber la opinión de la señora de Fichte sobre el tema. “Él piensa, luego ella friega los platos,” no sería un mal lema feminista. O quizá: “Él piensa, luego ella lo tiene prohibido.” (*El portero* 68)

Para los no muy entusiastas con los desarrollos teóricos del pensamiento posestructuralista y posmoderno, un modo de ver el mundo que arrolló con las explicaciones totalizantes y debilitó la noción de verdad, T.E. tiene el mérito enorme de haber señalado con minucia y brillantez los puntos ciegos y los callejones sin salida a que habían llegado las cada vez más abstractas lucubraciones de la “alta teoría.” Al mismo tiempo, tuvo el mérito de recordar, en un lenguaje accesible a los no iniciados, que el cuerpo, sus necesidades, sus sufrimientos, sus enfermedades y su finitud son el límite con el que choca toda teorización. Frente a la “megalomanía del significante” (en palabras de su amigo Beny Anderson), una megalomanía propia de las grandes teorizaciones pos-saussurianas, el cuerpo es una humilde e incontrovertible realidad y una sólida base para la postulación de verdades. No las vacías verdades de las ecuaciones lógicas sino las verdades morales relacionadas con el hambre, la violación, la tortura o la esclavitud. Gracias a que los humanos—a diferencia de los animales—tenemos un cuerpo materialmente preparado para la comunicación y la cultura—sostiene Eagleton en *Después de la teoría*—es que somos capaces

de solidaridad y de defender aquellos principios que aseguran el bien común de toda la especie.

Para los católicos de izquierda, de los que él es juez y parte, T.E. es el valiente (y no pocas veces incómodo) analista de la historia institucional y la teología católicas, alguien que se reconoce como el producto de una educación religiosa autoritaria, lúgubre y restrictiva como la que describe en el primer capítulo de su libro de memorias *El portero*, pero que, al mismo tiempo, no se podría entender a sí mismo ni a sus convicciones políticas fuera de ese universo modelador de su personalidad. Al respecto, no puedo dejar de mencionar su análisis, ciertamente poco complaciente consigo, de las afinidades profundas entre las rigideces de un sector del catolicismo y la escasa flexibilidad de las izquierdas en las que él militó con fervor en su juventud:

Mas los católicos también tienden hacia la izquierda a causa de su aversión instintiva hacia el liberalismo, lo cual es a la vez admirable y castrante. Su apego al autoritarismo les hace atractivos para el socialismo, donde la especie abunda. [...] Todo socialismo que no logre cimentarse sobre la gran tradición liberal, tan profusamente alabada por Marx, está probablemente destinado al fracaso. Así, pues, católicos e izquierdistas deben aprender de los liberales acerca de la ambigüedad y riqueza de todas las cosas, del encanto del matiz y la singularidad, de las dificultades para llegar a opiniones concluyentes, del valor de lo frágil y efímero, de la timidez patológica de la verdad. (46-47)

Las afirmaciones precedentes permiten entender mejor el atrevido retrato histórico de Jesucristo que aparece en su introducción a una nueva edición de *Los Evangelios* publicada en 2007 por Verso. En esas páginas surge la imagen de un revolucionario de pensamiento radical y radicalmente original: no un rebelde contra la opresión imperialista de los romanos, tampoco un revolucionario en el sentido de Lenin ni alguien que rechazara la ley judía, sino un ser fundamentalmente comprometido con los pobres, los marginales, los explotados, los sufrientes y los que vivían fuera de la ley. Alguien que, a pesar de haberse expuesto a la tortura y a la muerte más cruel, veía en el dolor y en la enfermedad un mal que se debía combatir; alguien que gozaba de la comida en compañía y de las alegrías de la fiesta; alguien que, a diferencia de las Iglesias cristianas a las que dio origen, tenía una actitud “extraordinariamente relajada” en relación con la sexualidad (p.28). En su típico estilo de bromista que dice lo que realmente piensa pero sin tomárselo demasiado en serio, T.E. resume así su personalísima visión del ideario de Cristo:

A Jesús tal vez se le pudiera definir teológicamente como un fariseo izquierdista-liberal, aunque su osada declaración de que ninguna comida era impura bien pudo abrir una grave brecha con el grupo. (p.7)

Después de este recuento a vuelapluma de algunas de las muchas facetas de la obra de nuestro agasajado, voy a hablar de *mi* Eagleton, al que defino como un lector voraz de la literatura universal y como un teórico y crítico literario que supo conjugar sus preocupaciones políticas y su vocación de luchador social con una refinada sensibilidad artística y un considerable talento en el análisis y la práctica de la retórica. Tal vez tenga que enfatizar que no uso este término —*retórica*— en el sentido bastante generalizado de cháchara inane, sino en el sentido técnico de “arte de la persuasión,” tal como la concibieron los grandes maestros de la antigüedad grecolatina y como la concibe el propio Eagleton, buen conocedor de los preceptos de Gorgias o de Aristóteles.

Añado a esta imagen rashomónica, coloreada por mis intereses personales, mi admiración por su afilado sentido del humor, cuyo resorte principal no es el *understatement* (como podría presumirse tratándose de un académico británico) sino un lenguaje muy directo y muy sensorial, que no elude la hipérbole ni una robusta dosis de malicia.

Este tipo de humor, que no teme bordear lo grotesco, se expresa a través de una extraordinaria riqueza de comparaciones e imágenes. Su generosidad en el empleo de tales recursos da como resultado un estilo muy cercano a ese casi compulsivo amor a los símiles tan típico de los poemas homéricos o de los diálogos platónicos, dos monumentos del canon literario occidental que Eagleton conoce tan al detalle como las tragedias del clasicismo francés, el teatro isabelino o la novela Victoriana.

La capacidad de conjugar la sabiduría clásica con la popular y la facilidad de expresar ideas complejas con imágenes procedentes de la experiencia cotidiana de cualquier individuo no letrado es una de las claves de la tremenda fuerza persuasiva que suelen ejercer las argumentaciones de nuestro homenajeado. Baste como ejemplo esta contundente analogía, que denuncia la parcialidad de las críticas globales al socialismo sobre la base de sus recientes fracasos históricos:

Juzgar el socialismo por los resultados por él cosechados en un único país desesperadamente aislado sería como extraer conclusiones sobre la raza humana a partir de un estudio sobre los psicópatas de Kalamazoo, en Michigan. (*Por qué Marx tenía razón* p. 29)

Igualmente impactantes por su fuerte contenido sensorial son los símiles que abundan en ese bello libro de memorias que lleva el poco prometedor título *El portero*. En los capítulos iniciales el mundo escolar de sus primeros años—en el que T.E., un niño enfermizo y sensible, tuvo que confrontarse con un ambiente primitivo y sórdido, donde la falta de higiene de las instalaciones competía con la rudeza de los maestros y la agresividad de los alumnos—le inspira cuadros de virulenta expresividad como este, en el que se refiere a sus compañeros de clase:

su lealtad a la tribu era feroz, su sentido del honor y su fidelidad a los lazos de sangre comparables a las de un chulo palermitano, y el alcance de su experiencia tan limitado y repetitivo como el de un murciélago frugívoro. (59)

Ese mismo ambiente, extremadamente hostil al ocio productivo y a las labores artísticas e intelectuales, le sugiere una analogía digna de la palurdez rememorada:

En aquel mundo pretender ganarse la vida escribiendo libros era como intentar hacerlo sacándose el cerumen de las orejas. (61)

La evocación de sus fantasías adolescentes sobre la posibilidad de ingresar al seminario, convertirse en sacerdote y respetar la ley del celibato, tampoco le inspira un vuelo a las altas esferas de la imaginación, sino comparaciones ancladas en el plano de lo concreto y de lo común-y-corriente:

Yo tenía asumido con anterioridad que los impulsos sexuales que pudiera sentir se desvanecerían con la ordenación, como si se tratara del acné o de una afición desmedida a los buñuelos, y que la libido desaparecería como un diente de leche. (55)

Su afición a evocar imágenes de objetos y acciones triviales con un sesgo de humor bufonesco resalta en la presentación de algunos personajes de su entorno, como una abuela suya al parecer muy alharaquera y muy amante de llamar la atención, a la que describe así:

La mujer había sido atropellada por la furgoneta de una tienda de ultramarinos; las heridas resultantes fueron más bien leves, pero ella se lo tomó como si la hubieran metido en la picadora de una fábrica de salchichas o se hubiera caído a un tanque lleno de tiburones. (129)

Dentro de esta misma línea humorística—y a diferencia de muchos académicos enfermos de solemnidad, que toman demasiado en serio lo poco que logran escribir—, T.E. caracteriza su abundante productividad con símiles concretizadores y banalizadores, que le quitan toda sublimidad a los productos de su intelecto:

Si escribo tanto es fundamentalmente porque me gusta, tanto como a otros los restregones furtivos en el metro o los higaditos de pollo. (66)

Me atrevo a conjeturar que las razones profundas de esta auto-reducción de sus méritos como escritor asoman de inmediato en el contraste con la figura del padre, cuyo trabajo, como el de la mayoría de la gente común, no debió ser una especial fuente de gozo ni de realización personal:

Para mi padre, que trabajó cuarenta años en una planta industrial sin disfrutar un solo momento agradable, el gozar con el propio trabajo era algo inimaginable, maravilloso y utópico. No se podía concebir nada más parecido al paraíso. (ibíd.)

No puedo dejar de observar que la comparación por contraste entre las labores de padre e hijo genera en este último la fantasía hiperbólica y culposa de una extrema insatisfacción paterna y un extremo e inmerecido bienestar de parte del hijo:

Sin duda llegará el día en que alguien dará la voz que levante la liebre y algún burócrata tomará buena nota de que nosotros, intelectuales y literatos, estamos en nómina por leer poemas y novelas, lo mismo que si se cobrara por tomar el sol o por practicar el onanismo. (ibíd.)

Desde este punto de vista, T.E. se acerca bastante a las ideas de Gabriel García Márquez sobre las ventajas del oficio de escritor, una especie que, según el Premio Nobel colombiano, puede trabajar—es decir, imaginar y esbozar su escritura—mientras toma sol tendido en una playa del Caribe. La diferencia, claro está, radica en que García Márquez no parece experimentar la menor culpa por gozar de este azaroso privilegio.

Las precedentes reflexiones estilísticas, en las que me he permitido la libertad de ligar la expresión escrita de T.E. con aspectos biográficos, me llevan a reafirmarme en la idea de que lo mejor que puedo hacer yo para honrar a nuestro agasajado es hablar del Eagleton con el que puedo tener *encuentros cercanos de algún tipo*: me refiero al crítico literario y al experto en estética que me permite exhumar mi formación en filología clásica y aguzar la mente y el oído para leer con placer la poesía, la narrativa y el teatro de cada época sin perder de vista los respectivos contextos históricos ni las relaciones de poder que se expresan en esas visiones del mundo.

En relación con lo primero—los clásicos—, acabo de experimentar el desafío de leer *Dulce violencia. La idea de lo trágico*, una incursión filosófica, filológica y política de T.E. en el Parnaso de la alta cultura europea. Puesto que en este momento estoy dictando un curso interdisciplinario—literario-psicoanalítico—sobre los mitos y la tragedia griega, he leído con particular fruición las propuestas de nuestro agasajado en relación con el concepto de lo trágico en la historia literaria de Occidente. Gracias a sus conocimientos enciclopédicos, T.E. es capaz de hacer prevalecer sus poco convencionales ideas en un debate que se ha mantenido con algunas intermitencias desde hace casi veinticinco siglos. Dada la amplitud del terreno en el que tienen lugar las polémicas, no es fácil seguir sus ingeniosas confrontaciones con las teorías de poetas, filósofos y críticos tan disímiles y tan alejados en el tiempo como Platón, Aristóteles, Racine, Corneille, Hobbes, Hume, Rousseau, Goethe, Lessing, Kant, Hegel, Nietzsche, Heidegger, Benjamin, Brecht, Anouhil, Steiner; o de grandes filólogos clásicos solo conocidos por pequeños círculos de helenistas

como A.J.A. Waldock, H.D.F. Kitto o Richard Dodds.

Por eso mismo, mi reciente intento de reingresar en ese vetusto debate me ha incitado a revisar las lecturas hechas a lo largo de cuarenta años, a poner a prueba algunas de mis convicciones al respecto y a sentir la necesidad de leer más filosofía política, más teología, más historia de las religiones, más estética, más literatura anglosajona y más textos del propio Eagleton sobre todos esos temas. Sin embargo, después de experimentar ese inspirador *shock* tuve que aceptar, con no poca pena, que no me quedan suficientes años de vida para cubrir todas esas lagunas. Tendré que contentarme, por eso, con la satisfacción de ver confirmadas en sus planteos algunas de las hipótesis que suelo exponer en mis clases de Teoría Literaria de la Antigüedad, como las concernientes al componente ético-político de la catarsis aristotélica y al significado psico-ético de la piedad y el terror (*éleos* y *phobos*), esos dos sentimientos trágicos acuciosamente analizados por él para explicar, sin acudir a la trivializadora noción de masoquismo, la paradoja de un placer surgido de la identificación con el sufrimiento ajeno. Al respecto me es grato admitir que ciertos comentarios hechos por Eagleton casi al pasar, sin darles mayor importancia, me han permitido realizar una nueva cala en terrenos conceptuales harto trillados—como advertir que, en efecto, si se piensa, siguiendo a Aristóteles en la Retórica, que la piedad ante el dolor ajeno surge del terror de sufrir una desgracia similar, en última instancia la distinción entre *éleos* y *phobos* resulta casi inapreciable. (p. 209). O como reconocer que el hado y la libertad de los héroes trágicos no son tan claramente separables, puesto que la *moira* (la cuota de vida asignada a cada uno al nacer) está presente en su conducta de un modo que el concepto freudiano de sobredeterminación ayuda a entender: el héroe es quien actúa, pero hay una otredad que actúa en él (p.156).

Deseo concluir este breve repaso de mis *encuentros cercanos* con Terry Eagleton deteniéndome en un aspecto de su trayectoria académica con el que me identifico plenamente... aunque sin piedad ni terror. El mecanismo que me posibilita la identificación es la empatía, ese lazo afectivo-intelectual que surge de la comunidad de experiencias históricas y de los sentimientos generados por esas experiencias. Me refiero a los avatares existenciales de una latinoamericana—yo—que llegó a Europa como estudiante en vísperas de mayo del 68, que creyó en el triunfo final de la revolución socialista, que repudió la invasión norteamericana de Vietnam, que siguió acongojada las noticias de la caída de Allende en Chile y la instalación del terror en la Argentina y que, al mismo tiempo que vibraba con los sucesos del nuevo y del viejo mundo, estudiaba Filología Clásica en Alemania, se dejaba seducir por el “fetichismo del método” de los setenta y comenzaba a descubrir su inclinación por la teoría literaria, una disciplina que en su entorno académico llevaba el pretencioso nombre *Literaturwissenschaft*, un rótulo solemne, que le daba el carácter de ciencia al estudio de un objeto escurridizo, que se resistía a cualquier categorización rígida.

Con todo ese bagaje en la cabeza pero sin tener, como nuestro agasajado,

una formación filosófica marxista, publiqué a comienzos de los ochenta una serie de artículos sobre las grandes preguntas de los estudios literarios que derivaron finalmente en un libro del año 1986 con el que muchos estudiaron en esta universidad: *Teoría literaria. Una propuesta*. Muy poco después cayó en mis manos *Literary Theory. An Introduction*, libro publicado en 1983 y entonces aún no traducido al español, que se convertiría en el más notable e improbable *bestseller* del mundo académico por su estilo claro, incisivo, polémico y apasionado. En él Eagleton pasaba revista a las principales corrientes teóricas del siglo XX (hermenéutica, estética de la recepción, estructuralismo, semiótica, deconstrucción y psicoanálisis freudiano y lacaniano) dejando muy en claro sus preferencias, sus juicios de valor y su crítica a todas ellas por la falta de atención a cuestiones políticas y sociales.

Para mi sorpresa y satisfacción pude comprobar que la mayor parte de las ideas que yo planteaba en el capítulo inicial de mi libro, que se abría con la pregunta “¿De qué hablamos cuando hablamos de literatura?,” coincidían con las que Eagleton desarrollaba en los dos capítulos iniciales de su libro, respectivamente titulados “What is literature?” y “The Rise of English” (donde “English” equivalía a filología o literatura inglesa). Las conclusiones de su último capítulo me resultaban, sin embargo, difíciles de aceptar: allí el autor se negaba a ofrecer una teoría literaria propia que superara el apoliticismo de las corrientes expuestas y sugería, a cambio, la conveniencia de subsumir el estudio de los textos tradicionalmente considerados literarios dentro de un contexto analítico más amplio, que podría responder a los nombres “retórica,” “análisis del discurso” o “estudios culturales.” El propósito de tal reasignación era rescatar a los estudios literarios de una visión predominantemente esteticista, solo ligada al placer y a la belleza, y poner sobre el tapete la idea de que la literatura es productora de ideología no menos que cualquier otra práctica discursiva y que, como tal, tiende a reforzar el orden social dominante.

Como sabemos, después de ese libro nuestro autor escribió muchísimos libros más de reflexión y de crítica sobre temas estéticos, éticos, políticos, histórico-literarios e incluso teológicos. Escribió novelas, piezas de teatro, libretos, memorias, dio múltiples entrevistas y publicó innumerables ensayos periodísticos. No he podido leer todo lo que escribió después de 1983 pero sí he revisado un buen número de textos particularmente conectados con mis intereses. Uno de ellos, de publicación bastante reciente, me devolvió, después de casi treinta años, la misma sensación de *encuentro cercano* que me había deparado en los ochenta su *Teoría literaria*. Esta vez, sin embargo, el sentimiento de cercanía en materia de preocupaciones literarias y de valores morales y políticos fue aún mayor. Me refiero a *Cómo leer un poema*, un libro cuyo título hipertradicional, parecería estar en discordancia con la fama de *enfant terrible* de su autor. No puedo ocultar que me sorprendió y me agradó que en las primeras páginas formulara una queja como la siguiente:

La mayoría de los estudiantes [de literatura], cuando se enfrenta a un poema o a una novela, de forma espontánea deriva hacia lo que se conoce como “análisis del contenido” [...] Lo que en ellos [en esos análisis] queda excluido es la literariedad de la obra. La mayoría de los estudiantes [...] no habla el mismo idioma que el crítico que dijo de unos versos de T.S. Eliot: “Hay cierta tristeza en el uso de la puntuación.” En vez de eso, trata el poema como si el autor eligiese, por alguna excéntrica razón, escribir sus opiniones sobre la guerra o la sexualidad en líneas que no llegan al final de la página. (1987, 10)

No obstante, contra lo que podría hacer esperar semejante reclamo, el lector no encontrará en el resto del libro un elegiaco elogio de la crítica formalista ni una defensa de la pura subjetividad. Sí encontrará luminosos análisis de poemas, hechos por un conocedor a fondo de la fonética, la métrica, la rítmica, la semántica y el contexto histórico-literario, social y político de los textos escogidos. También encontrará apasionantes argumentaciones en torno a los temas más trajinados dentro de la reflexión post-saussuriana sobre el lenguaje de la poesía, como el axioma de la inseparabilidad de forma y contenido, que él se atreve a cuestionar. Muchos de los planteos van a contracorriente de lo que el *establishment* de la crítica literaria y cultural suele sostener al respecto pero, a mi juicio, lo sustancial de este libro es el reencuentro placentero de su autor con sus poetas predilectos, con la crítica filológica que aprendió y cultivó en sus primeros años de formación y con la retórica clásica en el más noble sentido del término. La provocativa sugerencia que había quedado pendiente en el último capítulo de *Literary Theory*, despojar de privilegios a los textos literarios e incluirlos en el terreno amplio de todas las prácticas discursivas retóricamente analizables, no es abiertamente contradicha en este nuevo estudio pero sí reformulada de modo sustancial.

La aspiración actual de Terry Eagleton parecería ser no establecer compartimientos estancos entre el análisis ideológico de los textos literarios y los sofisticados placeres que se derivan del estudio de la estética verbal. Lo que al principio él tendía a ver como una relación beligerante parece resolverse ahora en una armónica relación de complementariedad.

El siguiente pasaje de *Cómo leer un poema*—con el que prometo cerrar este paseo por la obra de nuestro ilustre huésped—es una lucidísima advertencia que todos los profesores de literatura y de estudios culturales deberíamos tener presente tanto en la práctica de la docencia como en la de la crítica:

Estamos, pues, ante una situación alarmante. La crítica literaria está en riesgo de incumplir sus dos funciones tradicionales. Si la mayoría de sus profesionales se ha vuelto menos sensible a la forma literaria, algunos de ellos también contemplan con escepticismo las responsabilidades sociales y políticas del crítico. En el presente, gran parte de ese análisis político ha sido transferido a los estudios culturales; pero los estudios culturales, a su vez, a menudo se han desentendido del proyecto tradicional del análisis de la forma. Los dos campos de estudio han aprendido muy poco el uno del otro. (p.25)

Me detengo en esta sabia admonición, pues aunque soy consciente de que el genio y la productividad de Terry Eagleton quedan pobremente esbozados en las páginas que acabo de leer, la prudencia me aconseja concluir manifestando mi orgullo y mi gratitud por haber tenido el privilegio de ser su apologista en esta ocasión festiva.